

UN TIPO GENIAL

Él habría hecho esto mismo si yo me hubiese marchado antes que él. Lo sé. Lo sé porque él era un amante de las palabras, partidario de estructurar las ideas mediante la escritura para luego compartirlas con aquellos a los que quería, y es que éste era uno de los grandes rasgos de este hombre: todo lo compartía. Nunca guardaba nada para él, lo mucho y lo poco que tenía lo daba a los demás de forma espontánea, siendo como era un tipo de una generosidad desmedida. Y aquí se encuentra uno con otra de sus peculiaridades: Miguel era desmedido, excesivo en todo, en lo poco malo que tenía y en lo mucho bueno.

Era un tipo bueno, un buen hombre en el sentido machadiano del término. Una persona culta que admiraba a Antonio Machado, a Lorca, a Alberti, a Miguel Delibes, a Saramago y a Muñoz Molina, un gran lector que conocía El Quijote casi de memoria, que leía la prensa todos los días en el bar, en su casa y también en el quiosco del barrio del Cristo, donde el quiosquero, que sabía de su entrega a la gente necesitada del barrio, le daba a leer cuanto quería. Leía con devoción las noticias de actualidad y los artículos de opinión, lamentando, eso sí, las injusticias que asolan este mundo y también, de paso, que ningún periodista actual supiera escribir como Mariano José de Larra o Paco Umbral. ¡Cuántos domingos comentando el artículo de Manuel Vicent y cuántos libros nos hemos aconsejado el uno al otro! Valoraba en su justa medida lo bueno y lo reprochable, porque era un hombre inteligente y con una visión amplia y profunda de las cuestiones sociales y políticas. Un pensador, un gran conversador, un defensor de la libertad para sí mismo y para los demás, alguien que jamás emitía juicios de valor: nunca juzgó a nadie, siendo siempre extremadamente respetuoso con formas de vida muy distintas a la suya.

Conozco a Miguel desde los seis años y compartimos curso en El Pilar hasta el final. Siempre lo he visto en la misma línea, un tipo luchador y reivindicativo, alguien al que todo el mundo recuerda porque era de los que dejan huella ahí por donde pasaba y porque, sin pretenderlo, influía

poderosamente en los demás gracias a ese carisma arrollador que tenía. Compartir mi vida con su hermana Reyes me permitió tenerle siempre cerca, lo que ha sido una fuente de permanente enriquecimiento. Muchos de los que aquí estamos somos lo que somos por él, y el que más y el que menos nos hacemos ahora esta reflexión. Sus dos hermanas sobre todo, quienes supieron absorber sus enseñanzas y su ejemplo. También sus padres, su hija Celia, toda su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo, sus vecinos del barrio del Cristo... todos los que le conocían aprendían de él y le tomaban como un referente, porque era de esas personas geniales que, sin pretenderlo, señalan a los demás dónde está el norte o por dónde podría estar.

Un abrazo muy fuerte para los dos pilares en los que se apoyaba: las Pilares. Su madre Pilar, alguien muy especial para él, y nuestra querida Pilar, con quien tenía un magnífico y prometedor proyecto de vida.

Solías escribir palabras de homenaje a las personas queridas que se marchaban. Siempre recordaremos tus escritos y tus poemas. Ahora, Miguel, te has marchado a mitad del recorrido y no podemos sentir más dolor porque perdemos a un hombre comprometido, entregado, generoso y simpático, siempre alegre, un modelo para todos. Te agradeceremos toda la vida lo mucho que has dado a nuestros hijos y te aseguro que nos encargaremos de que te recuerden siempre.

Y muchas gracias, Miguel padre y Pilar, por haber educado así a vuestro hijo: todos los que estamos aquí, sin excepción, somos distintos y el mundo es un poco mejor gracias a él.

Tú eras un cristiano de verdad, Miguel, de los que creen en el mensaje originario de Cristo y de los que aplicaba las enseñanzas del Evangelio siempre que tenías ocasión. Que seas muy feliz en el Más Allá, que encuentres lo que mereces. Mientras tanto, nosotros nos quedamos aquí con todos esos impagables momentos que nos has regalado.

Antonio Penadés